

DELIBES Y LA LENGUA

Majestades,
Señoras y señores académicos,
Amigas y amigos todos de esta Casa:

Emoción me produce hablarles de Miguel Delibes en este acto solemne con que la Real Academia Española lo recuerda hoy como uno de los suyos, le rinde homenaje y se suma a la gloriosa exaltación de quien ya se halla en el ámbito de su gloria. Mucha emoción; porque no era solo para mí el compañero académico, el escritor admirado, sino la persona entrañable, el amigo seguro. Él fue uno de los tres académicos que firmaron la candidatura que me trajo a esta corporación y, aunque luego su alejamiento físico lo tuviera bastante apartado de ella, lo cierto es que, en nuestros encuentros o en nuestras conversaciones telefónicas, una buena parte del tiempo se nos iba en hablar, a instancia suya, de lo que aquí se hacía o se proyectaba, de los usos y las actitudes lingüísticas, de la asombrosa extensión y vitalidad de nuestra lengua, de su solidez idiomática, a la que tanto había ayudado la simple existencia, casi tricentenaria, de esta real institución.

Él no dejó de sentirse nunca parte activa de ella en su constante quehacer literario y hasta orgulloso, quiero creer, de ver su nombre, con el de todos, en las primeras páginas de las tres últimas ediciones del Diccionario. Al fin y al cabo era, sobre tantas otras cosas, un maestro señero de la lengua. Véase también la nómina de los autores citados en la *Nueva Gramática*: en extensión de corpus considerado solo lo superan, creo, Cervantes, Lope, Galdós y Mario Vargas Llosa.

Aparte los temas lingüísticos y académicos –yo era, para él, un lingüista fiable, acaso por mi condición de dialectólogo de campo– nosotros teníamos algo en común, algo a lo que referirnos siempre, de lo que hablar con gusto, que era nuestra idéntica experiencia norteamericana y nuestra común discípula, guía y amiga Marion Ament, a la que él había dedicado su libro *USA y yo*. Resulta que, en 1964, la Universidad de Maryland lo había invitado a ocupar, durante el semestre de otoño, la cátedra de profesor visitante en el departamento de lenguas extranjeras y fueron tantas sus dudas, después de aceptar, sus deseos de tener una información más precisa sobre lo que se esperaba de él, sobre el nivel de los alumnos, sobre el ambiente en el que habría de moverse, sobre sus posibles condiciones de alojamiento, puesto que iría con su mujer, y tantos y tantos detalles más, que sus corresponsales de allá le dijeron que yo había ocupado esa cátedra el año anterior, que me tenía bastante cerca de Valladolid, a un paso, como quien dice, en Astorga, que por qué no me preguntaba a mí. Me escribió, pues, yo lo invité a dar una conferencia, en el Instituto, del que era director, un viernes, y a hablar demoradamente durante el fin de semana. A él le pareció bien y mejor si le organizaba una jornada de pesca en algún río de la comarca. Mi médico de cabecera, el doctor Bausá, que era un experto aficionado, nos llevó a uno de aquellos ríos trucheros, no puedo precisar ahora si el Duerna o el Jamuz, donde los dos se pasaron el día pescando, con el agua a medio muslo, mientras yo le contaba a Ángeles, su mujer, sentados a la sombra de un árbol, los pormenores de mi experiencia americana, incluso algunos que a mí no se me hubiesen ocurrido pero que ella me trajo a la memoria con su hábil y sabio interrogatorio.

De tal modo, en esas circunstancias, comenzó mi amistad con Delibes, que no tiene mayor mérito, pues Miguel Delibes era una de esas singulares personas que van por la vida ofreciendo amistad, mostrando comprensión, derrochando generosidad. Cuarenta y seis años, con tanta vida cada uno, con tanto dolor, pero sabiéndonos siempre, sintiéndonos, sin perder nunca la señal. Su estancia en la Universidad de Maryland fue tal cual yo les había anunciado. Se quedaron a vivir en casa de la familia Ament, igual que yo, en Washington, en Takoma Park, justo en el límite del Distrito de Columbia, con el Estado de Maryland. Vimos, pues, los Estados Unidos desde la misma ventana y orientados por la misma persona: Marion Ament, una mujer excepcional. Nuestra vinculación afectiva pasaba siempre y se adensaba por esa y en esa común familia americana y, siempre que hablábamos, alguno de los dos tenía para el otro alguna noticia más reciente. En los últimos tiempos habíamos dejado de saber y nos preguntábamos extrañados. Finalmente yo sí tuve noticias, que no eran buenas. Él ya no lo supo porque también me llegó la de su muerte.

Pero es de la lengua de Delibes de lo que debo hablar. Leo, en algún sitio, en estas últimas semanas en que se ha escrito tanto sobre él, que su prosa es de oro. Yo diría más bien que es oro molido, en su conjunto, excelente, precisa, fidedigna. Y en los diálogos asombrosa, absolutamente verídica, absolutamente real. La capacidad de observación del habla que poseía Delibes era inusitada. Yo comenté su libro *Castilla habla*, de 1986, una recopilación de trabajos periodísticos, y lo hice desde mi condición, activa entonces todavía, de investigador de campo, porque me parecía fascinante, aparte de la denuncia social que testimoniaban, la lengua en que se expresaban esos variados individuos que le

habían confiado sus penurias y sus posibles esperanzas al autor, que nos las trasladaba, sin más, con sus mismas palabras. Aquí sí que era castellano el español: el del labrador de Berrueces o el molinero del Arlanza, el palomero de Pozo Pedro, los alfareros de Arrabal de Portillo, el capador de Mayorga de Campos o la vieja gallera de Boñar y tantos y tantos otros seres que pueblan el libro y que nos van dejando, en cada parlamento, con propiedad y sabiduría, el áspero pero inigualable sabor de la realidad. No es que me resultara singular el libro por nuevo, por inusual. Ni era la primera vez que Delibes hacía hablar en sus obras a los hombres del campo castellano ni la conversión de lo que podemos llamar antropología cultural en materia literaria era novedad desde que Oscar Lewis publicó sus primeros libros, allá por los años sesenta, principalmente *Los hijos de Sánchez. Autobiografía de una familia mexicana*, que tanta difusión y repercusión tuvo entre nosotros. La transcripción en crudo de la voz grabada nos ofrecía a los dialectólogos un excelente campo de observación, pero asimismo la recreación del lenguaje hablado sobre el texto en bruto de las cintas es perfectamente lícita para el escritor y le brinda novedosas e insospechadas perspectivas. Para entonces ya había publicado Delibes *Las guerras de nuestros antepasados*, en 1975, que es una novela enmarcada, pero cuyo marco no es el tradicional de un manuscrito que se encuentra sino el actualísimo de la conversación grabada que se transcribe, artificio narrativo que, en lo que a mí se me alcanza, fue el primero en utilizar entre nosotros. Por qué, pues, mi admiración ante esa gavilla de entrevistas lugareñas, contando ya con la figura inmortalizada de un personaje literario como Pacífico Pérez, construida por sus propias palabras y disquisiciones en las siete veladas de diálogo inquisitivo con su Cide Hamete

Benengeli electrónico, el doctor en Medicina don Francisco de Asís Burgueño López. Sencillamente, porque esos otros personajes vivos, reales, mortales, muertos ya, seguramente, la mayor parte de ellos, confirman con sus declaraciones, con sus opiniones, con sus creencias, la verosimilitud, la identidad de los inventados, de los creados literariamente, la certeza efectiva de esa variopinta humanidad que alienta en las páginas tolerantes y comprensivas siempre de las obras de Miguel Delibes. Sus personajes de ficción hablan igual que sus personajes reales, cada uno con su aquel.

El español hablado y el español escrito han estado siempre muy cerca y han mantenido un continuo intercambio a lo largo de los siglos. No hay en nuestro idioma ese abismo, con frecuencia insalvable, entre lengua literaria y lengua coloquial o familiar que en otros ámbitos lingüísticos existe. De ahí que el castellano primitivo se convirtiera pronto en la lengua española, incorporando a los otros dialectos románicos próximos, asimilando todo lo que era lingüísticamente válido y utilizable en los anchísimos territorios, peninsulares y ultramarinos, por donde se fue extendiendo, coloreando sus variedades con lo que, siendo propio de cada región, se siente por todos parte integrante del caudal común. Nuestra lengua literaria, se ha repetido insistentemente, es más bien una coiné, una amalgama de variedades dialectales que un dialecto concreto elevado a ese rango. Digo más: se ha tendido con mayor diligencia a darle plaza en la lengua a singularidades de los dialectos incorporados, que podían dar brillo y ostentación al conjunto, que a reconocerle la suya a bastantes palabras rurales del solar del idioma, ancladas en el uso coloquial campesino. Miguel Delibes, con su fidelidad absoluta al habla de sus personajes, reales o recreados, ha dado autoridad literaria a muchas voces olvidadas

del viejo castellano. Porque lo cierto es que nuestro Diccionario, que ha estado muy atento, desde sus comienzos, a las variedades geográficas de su léxico, da cumplida noticia y minuciosa descripción, por ejemplo, de toda suerte de aves tropicales y sus diversos nombres en según qué países, en tanto que olvida todavía alguna de las voces con que la Castilla creadora del idioma denomina a no pocas aves de las que vuelan por sus cielos, que acaso aparecen en el Diccionario con su nombre extremeño o asturiano o murciano o aragonés o de cualquier comarca de Andalucía y no con el que le dan los hablantes de aquellos lugares donde nació la lengua y tomó vuelo. La aportación, en fichas, de Miguel Delibes, en sus primeros años de académico, para ir supliendo estas carencias, fue notable y abundosa; la necesaria parsimonia y lentitud lexicográfica en el análisis del léxico que se va incorporando lo desalentaron un poco e hizo lo que estaba en su mano hacer: escribir y escribir y usar esas palabras con todas las demás y autorizarlas de ese modo para abrirles las puertas del diccionario y hacer a este más castellano, más íntegro, más cabal. Creo que en la edición del tricentenario ya van a estar cobijados todos los nombres de pájaros, de plantas, de alimañas, de tantas pequeñas cosas cotidianas de la vida, que echaba él de menos porque eran de su lengua viva, de la que oía, al despertar, cada mañana.

Un fulgor casi doloroso desprenden las grandes novelas de Delibes, nos dice nuestro compañero Antonio Muñoz Molina, desde los Estados Unidos, cuando vuelve uno ahora a su lectura y advierte en ellas, no el mero costumbrismo con que a veces se han pretendido definir, sino una observación meticulosa de la vida humana y de los trabajos y ensoñaciones de la gente común y un

oído tan exacto y tan preciso para los nombres de las cosas, de los animales y las plantas y los accidentes del terreno como para los matices del habla. En la novela española contemporánea no hay voces más verdaderas que las de las criaturas inventadas por Miguel Delibes.

El monólogo de la viuda de Mario, los diálogos del viejo Eloy con la Desi, las consideraciones del Sr. Cayo con los pretendientes de su voto, los personajes infantiles o adolescentes, todos hablan como tienen que hablar. Y hasta escriben, tal cual, como Lorenzo, el bedel cazador, luego emigrante, finalmente jubilado, en sus tres diarios. Y me voy a detener un poco, en este personaje y en sus peculiaridades, porque creo que, entre toda la amplia nómina de criaturas que pueblan sus relatos es esta, muy especialmente, la que le sirve al autor para darle salida a algunas experiencias personales suyas y sobretodo experiencias lingüísticas.

El primer viaje a América de Delibes tuvo lugar en 1955 y dio lugar a una serie de crónicas periodísticas que recogió luego en su libro *Por esos mundos*. Entró en aquel continente por Brasil, que sobrevuela de norte a sur, luego atraviesa la Argentina, desde Buenos Aires a Mendoza, cruza los Andes en ferrocarril y pasa en Chile una relativamente larga temporada. Hay un adjetivo que puede resumir su impresión de América: *descomunal* (la naturaleza, las edificaciones, las distancias). Pero hay otra cosa que en seguida le llama la atención: sorpresas lingüísticas. Oye en la Argentina *fierro*, en vez de hierro y advierte que en Chile la amapola es *maravilla*, el maíz *choclo* y una tisana es simplemente una *agüita*. Concentra gran cantidad de observaciones de este tipo en un capítulo que titula “Un diccionario de goma” que concluye: “En resumidas cuentas el chileno, como es de ley, habla el castellano y,

como es de ley, no se resigna a vivir entre los estrechos límites del *Diccionario de la lengua*.” Se admirará también de otros usos no propiamente léxicos, tales como la abundancia de insospechados diminutivos y, más aún, de los tratamientos. Con los tratamientos, en ámbitos diferentes de la misma lengua, conviene andarse siempre con cuidado. Ahora mismo, a causa de la desaforada invasión del tuteo en las costumbres españolas, no pocos hablantes ultramarinos se sienten confusos y, en ocasiones, molestos. El *usted* del hijo al padre o a la madre todavía se practicaba por entonces en algunos lugares de España y no le choca, claro está, a Delibes, pero sí el de los padres a los hijos, aunque lo que subió de punto su asombro fue, “cuando en una cacería, –escribe– mis compañeros chilenos empezaron a tratar de usted al perro”.

Miguel llevaba en su equipaje los primeros ejemplares de su novela *Diario de un cazador*, fresca aún la tinta de su impresión y vivo en su mente el personaje recién creado, Lorenzo su protagonista y narrador. Y, entonces, fiel a la afirmación expresada al comienzo de sus crónicas viajeras de que eran precisos “ojos de palurdo para sacarle a un viaje todo su rendimiento”, concibe la continuación de esa novela en *Diario de un emigrante* y se pone a escribir lo que imagina que iría viendo y observando en aquellos lugares la mirada pura, inocente y un tanto cerril de su bedel cazador. Eso dará lugar a una de sus novelas más admirables desde el punto de vista lingüístico, una segunda parte que sí salió buena, que salió incluso mejor que la primera, como suele ocurrir, aunque se acostumbre afirmar lo contrario, al hilo de la conocida frase hecha sobre las segundas partes.

La adaptación del personaje a aquellos usos lingüísticos, que empiezan a indignarlo, ya en la estación de Mendoza, a propósito

de su intención de facturar el equipaje que allí dicen *despachar*, con el barullo consiguiente que crea el malentendido; luego, ya en Santiago, riéndose o irritándose con aquellas extravagancias léxicas, como empeñarse en llamar *codorniz* a un pájaro con moño parecido al de la avefría. “Será para ellos –comenta–, por su capricho. ¡No te amuela! Si esto es una codorniz, yo soy teniente coronel”. Habla con otro emigrante español que lleva más tiempo allí. “Le pregunté si tenía familia y él que dos cabros. Yo le dije que también son formas de hablar esas de los chilenos (...) El hombre se reía y dijo que todo eso del lenguaje es una chorrada y a un chileno que habla como un libro, a lo mejor, se le toma en España por un deslenguado y a la recíproca. La fetén es que en estos asuntos uno nunca sabe a qué carta quedarse.” Pero sí se va quedando Lorenzo, poco a poco, a la carta chilena y llamará espontáneamente, en su diario, *pollera* a la falda, *biógrafo* al cine, *choclo* al maíz y hasta *cabros* a los muchachos. El proceso de acomodación dialectal que va estableciendo Delibes en el estilo de su protagonista, sustituyendo paulatinamente su léxico anterior, adoptando giros, expresiones, y frases hechas es todo un prodigio de sabiduría literaria. Y cuando recupera al personaje en *Diario de un jubilado*, retornado ya Lorenzo a su ciudad de origen, pasados ya los años, con otras preocupaciones, su lengua es la misma del cazador, pero ya es otra y no es solo porque aparezca algún americanismo de vez en cuando o por las alusiones a aquellos usos, sino porque también ha pasado el tiempo por el propio solar y han cambiado muchas cosas, que a la lengua afectan, en el entorno. El tercer diario tengo la impresión de que es menos conocido que los anteriores, lo ha leído menos gente, pero creo que un minucioso estudio comparado de los tres ayudaría mucho a

comprender la capacidad literaria de Miguel Delibes para crearle un estilo a cada personaje y someterlo en la acción a las circunstancias espaciales y temporales que lo afecten.

Ha sido un maestro en todo. Un maestro en el uso adecuado de la lengua, un maestro en la narración, un maestro en la creación de personajes a los que ha dejado hablar simplemente para que nos cuenten su cosas, sus aciertos y desaciertos, sus alegres fantasías y sus ásperas realidades. Uno de los verdaderamente grandes, un clásico ya. Eso es lo que ha sido Miguel Delibes: grande y ejemplar. Porque entre tantas voces cedidas a sus criaturas de ficción, con frecuencia se oye también la suya y nos ha dejado en ella y con ella un pensamiento claro, inteligente, abierto y una constante invitación a la cordura y al sentido común, que buena falta nos hace.

Gregorio Salvador